

CUANDO ES BUENO CONTAR

Por *Moeita M. Burch*

ERA la hora del recreo.

Dos niños del primer grado, Santiago y Ricardo, estaban en el patio de atrás, haciendo un gran montón de tierra con sus palas.

Donaldo, un niño del tercer grado, se les acercó y les preguntó qué hacían.

-Un volcán -le respondió Santiago-. ¿Ves este pozo en la cima? Es el "cráter". De ese "cráter" saldrá fuego.

-¿Fuego, de la tierra? -preguntó extrañado Donaldo.

-Ya verás -respondió Ricardo.

Cuando los niños pensaron que ya tenían un buen volcán, con cráter y todo, Santiago propuso que juntaran algunas ramitas. Pero a Ricardo le pareció mejor recoger piñas de las que habían caído de los pinos de alrededor.

-Las piñas son mejores que las ramitas, porque arden mejor -explicó Ricardo, y acomodó los conos en el hueco y luego, registrándose los bolsillos, sacó dos fósforos.

- ¡No, Ricardo! ¿Qué estás por hacer? -intervino

Donaldo-. ¡Es peligroso jugar con fuego!

Además, Donaldo le recordó que era también contra los reglamentos de la escuela.

-Dame los fósforos -añadió Donaldo extendiendo la mano.

Pero Ricardo no se los quiso entregar, y se los puso de vuelta en el bolsillo.

-Déjanos tranquilos -protestó-. Nosotros estamos jugando. Vete tú a jugar a la pelota con los otros muchachos.

-Por favor, Ricardo, dame los fósforos, o de lo contrario tendré que decírselo a la maestra -rogó de nuevo Donaldo.

En ese momento se acercó al grupo el hermano de Santiago, un muchacho grande.

-¡Qué es lo que le vas a decir a la maestra? -le preguntó el muchacho, con cara de pocos amigos.

Donaldo le explicó lo que los chicos estaban por hacer, pero el hermano de Santiago le respondió:

-¡Cuentero! No hay ningún peligro en eso. Yo mismo les enseñé a hacer un volcán, y cuidaré de que no se quemen.

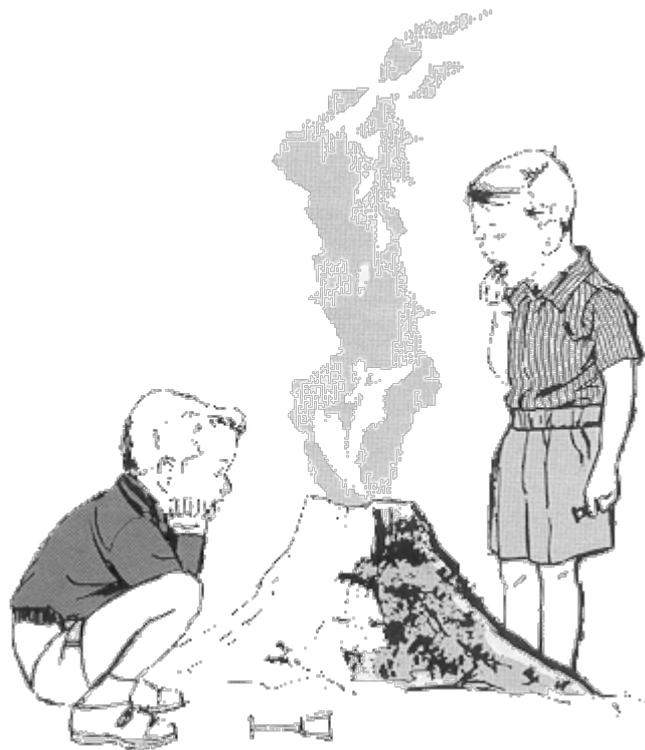
Donaldo estaba convencido de que no estaba bien lo que planeaban hacer, pero no quería que lo llamaran cuentero. De modo que no dijo nada.

Ricardo sacó de nuevo un fósforo, lo encendió y prendió las piñas. Al instante se levantó del volcán una columna de fuego y humo. A los muchachos eso les pareció muy divertido, y se rieron. En cambio Donaldo hubiera querido que en ese momento apareciera la maestra.

Como ésa era una escuela de campo, todos los niños estudiaban en la misma aula, porque tenían una sola maestra. Las clases para los niños de los tres primeros grados terminaban a las dos de la tarde, después del recreo.

A esa hora muchas madres venían a buscar a sus niños, y otros regresaban a sus casas caminando, solos. Donaldo era uno de los que se iba a la casa apenas terminaban las clases. Pero había algunos que tenían que esperar hasta las cuatro, hora en que pasaba el ómnibus y los levantaba junto con los demás. - Mientras esperaban, estos niños menores jugaban en el patio de la escuela. Santiago y Ricardo estaban entre los que esperaban el ómnibus de las cuatro.

Donaldo estaba preocupado pensando en lo que podría ocurrir si a Santiago y a Ricardo se les ocurría



seguir jugando con fuego después de que la maestra y los niños mayores hubieran regresado al aula, pues el viento podría volar las chispas, y causar un verdadero incendio en la escuela. Naturalmente, no le gustaba ir a llevarle un cuento a la maestra, pero le parecía que de alguna manera debía ponerla sobre aviso para evitar cualquier desastre. De modo que, acercándose a ella le dijo:

-Srta. Ibarra, siento olor a humo.

-Sí, Donald. Probablemente provenga de la lata de basura donde esta mañana quemé algunas cosas. Su plan había fracasado, de modo que volvió de nuevo al patio de atrás.

Los muchachos habían dejado de jugar con el volcán y en ese momento estaban conversando con un grupo de los compañeros mayores, en un rincón del patio.

Donald notó que todavía quedaban algunas brasas en el hoyo, y se dispuso a apagarlas echándoles tierra. Pero antes de que pudiera hacerlo llegaron corriendo los dos niños.

-Deja tranquilo nuestro volcán -protestó enojado Ricardo.

-Y si no, tendrás que vértelas con mi hermano -amenazó Santiago.

-¿Por qué no dejas de molestar a los chicos? -intervino entonces el hermano de Santiago-. No te metas en sus cosas. Ese fuego está casi apagado y no hay ningún peligro. Y recuerda, no andes llevando cuentos, porque te arrepentirás.

Cuando terminó el recreo, y los muchachos regresaron al aula, Donald notó que Ricardo y Santiago comentaban algo en voz baja, pero alcanzó a oír algo de "tiro".

Entró en el aula para recoger sus libros, pero antes de salir para la casa dio otra vuelta por el patio de atrás. Allí estaban ahora los dos muchachos, arrodillados junto al montón de tierra. Donald vio que Ricardo metió la mano en el bolsillo, y sacó una cosa brillante. Donald se estremeció. ¡Era una bala!

-¿Dónde conseguiste eso? -le preguntó Santiago.

-La encontré en el bosque -respondió Ricardo-. Pongamos algunas piedras. Así, cuando la echemos explotará, y hará volar tierra y piedras, como un verdadero volcán.

- ¡Ricardo! -gritó Donald-. ¡No hagas eso! ¡Puede matarte! -y sin pensarlo gritó:

-¡Srta. Ibarra!

La maestra apareció al instante en la puerta de atrás de la escuela. Donald señaló el volcán humeante. Los dos muchachos retrocedieron, con una expresión de culpabilidad en su rostro.

-Srta. Ibarra, no me gusta andar con cuentos -explicó Donald-, pero Ricardo tiene una bala. Estaba por arrojarla al fuego. Yo sé lo que ocurrirá. Mi padre vio a un hombre que echó una bala en una fogata; la bala explotó y casi le quitó la vida. ¿Hice mal en contarle esto?

-Hiciste lo que debías hacer, pues hay que contar cuando uno piensa que está en peligro la vida o la propiedad, y eso no es llevar cuentos. Mañana hablaremos más de este asunto -respondió la Srta.

Ibarra, al par que sugería a los dos niños que la acompañaran al aula. Donald salió entonces rumbo a su casa, sintiéndose agradecido a Dios porque le había permitido impedir algo que podría haber llegado a ser una desgracia